

## RETIRO MENSUAL: LA HUMILDAD

### II – LA FUERZA DE LA DEBILIDAD<sup>1</sup>

«Me preguntas una vez ¿cuál es el camino para ir al Cielo? Te responderé que es la humildad. ¿Me preguntas tres veces? Las tres veces te responderé que es la humildad. ¿Me preguntas mil veces? Y las mil veces te responderé que el camino para ir al Cielo es la humildad». (San Agustín)

«Delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella que toda la ciencia del mundo». (Santa Teresa)

«En el Paraíso hay algunos que no fueron mártires, ni contemplativos, ni vírgenes, pero no hay ninguno que no haya sido humilde». (San Agustín Roscelli)

«Aprended (dice el Señor) no de ángel, no de hombres, no de libro, sino de Mí; esto es, de mi enseñanza, de mi luz, y de las operaciones interiores que yo obro en vuestras alma morando en ellas; de aquí aprended que soy humilde, manso en el corazón y en las palabras, y en el sentido, y hallaréis descanso de batallas, y alivio de la guerra de vuestros pensamientos». (San Juan Clímaco)

«Cómo es ella, o cómo nace en el alma, nadie podría explicarlo, y tampoco puede descubrirlo por un razonamiento si el alma por sus obras no ha merecido captarlo». (S. Doroteo)

«El poder de Dios que salva»<sup>2</sup> como llamaba Juan Pablo II al Evangelio, ese «mensaje que los ángeles ansían contemplar» (1Pe 1,12), está plagado de paradojas, o sea, de aparentes contradicciones. Y esto es así porque el Evangelio es la expresión más sublime de la sabiduría Divina, que a tal punto supera la nuestra que parece contradecirla; de ahí aquel, también paradójico, «destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes». (1Cor 1,19)

«En el Evangelio está contenida una *fundamental paradoja*: para encontrar la vida, hay que perder la vida; para nacer, hay que morir; para salvarse, hay que cargar con la Cruz. Ésta es la verdad esencial del Evangelio, que siempre y en todas partes chocará contra la protesta del hombre»<sup>3</sup>. (Juan Pablo II)

Una de las paradojas que siempre me ha llamado la atención es aquella de San Pablo: «cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte» (2Cor 12,10). Lo que está diciendo el apóstol de los gentiles es que en la medida que reconoce su flaqueza, en esa misma medida actúa en él la fuerza de lo alto.

Esta verdad supone aquella otra de que nada podemos, en el orden sobrenatural, sin el auxilio de Dios y, además, que todo lo bueno que tenemos del mismo Dios procede.

En cuanto a esa total dependencia, podría leerse con mucho fruto el capítulo 15 del evangelio de San Juan donde Nuestro Señor, con diáfana claridad y adaptándose a nuestro sencillo modo de entender, nos muestra cómo nosotros somos los sarmientos (las ramas) y Él la vid (el árbol)

---

<sup>1</sup> Edición original: <https://verbo.vozcatolica.com/la-fuerza-de-la-debilidad/> del blog “El Verbo era la Luz”.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Jornada Mundial de la Juventud*, Toronto 2002, 28/7.

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, PLAZA & JANES, Chile (1994<sup>2</sup>), p. 117.

y así como las ramas no pueden vivir fuera del árbol, tampoco nosotros podemos vivir –menos obrar– sin Él. Y por si nos quedase alguna duda, al interpretar el texto, con frase lapidaria y concisa afirma: «*sin mi **nada** podéis hacer*» (Jn 15,5), donde “nada” significa “nada”... o sea, carencia absoluta, negación total, imposibilidad omniabarcante, inaptitud suprema... *and so on*.

Y con respecto a que todo lo bueno que tenemos viene de Dios, digamos con el mismo San Pablo: «*¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?*» (1Cor 4,7) y agreguemos: «*Si alguno piensa que es algo, se engaña, pues **nada** es*» (Gal 6,3). De ahí que, a pesar de sus grandiosas obras se supiera «*siervo inútil*» (Lc 17,10) y «*vasija de barro*» (2Cor 4,7), y afirmara «*por la gracia de Dios soy lo que soy*». (1Cor 15,10)

Santo Tomás, hablando de la virtud de la humildad dirá:

«Pueden considerarse, en el hombre, dos cosas: lo que es de Dios y lo que es del hombre. Es del hombre todo lo defectuoso, mientras que es de Dios todo lo perteneciente a la salvación y a la perfección»<sup>4</sup>.

Ya hablamos en un post anterior<sup>5</sup> sobre la importancia de la virtud de la humildad, pero no creo que venga mal escribir algunas líneas más sobre algo tan fundamental:

«La humildad es nuestra perfección»<sup>6</sup>. (San Agustín)

«El progreso del alma se identifica con el progreso en la humildad». (San Benito)

«La humildad es la que lo alcanza todo»<sup>7</sup>. «Progresará rápidamente el que tiene mucha humildad»<sup>8</sup>. (Santa Teresa de Jesús)

«Dios para prendarse de un alma, no se fija en su grandeza, sino en la profundidad de su humildad y en lo despreciada que está». (San Juan de la Cruz)

«Si me preguntares cuál es el camino del cielo, responderte he que la humildad: y si tercera vez, responderte he lo mismo; y si mil veces me lo preguntares, mil veces te responderé que no hay otro camino sino la humildad»<sup>9</sup>. (San Agustín)

A lo que tenemos que apuntar, en definitiva, es a acercarnos a un auto-conocimiento lo más parecido al que Dios tiene de nosotros, del cual dice San Pablo, hablando del cielo: «*conoceré como soy conocido*» (1Cor 13,12). ¡En esto consiste nuestra fuerza! «*La grandeza de un hombre está en saber reconocer su propia pequeñez*», decía Blaise Pascal.

Para llegar a esto habrá, sin duda, muchos caminos y modos, pero quería destacar puntualmente cuatro:

En *primer* lugar pedir y suplicar con insistencia<sup>10</sup> a Dios que nos dé esa gracia. Como solía repetir a manera de jaculatoria San Agustín: «*Señor, que me conozca y que os conozca*». El último santo en ser nombrado doctor de la Iglesia nos enseña:

<sup>4</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II 141,3.

<sup>5</sup> [¿Qué nos distingue de ellos?](#)

<sup>6</sup> SAN AGUSTÍN, *In Psalmo XXX*, 14.

<sup>7</sup> SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. XXXIV.

<sup>8</sup> SANTA TERESA DE JESÚS – Castillo, *3º morada*, cap. II.

<sup>9</sup> Citado por SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, cap. 63.

<sup>10</sup> Pueden servir a estos fines, las [Letanías de la humildad](#) del Cardenal Merry del Val.

«Y sea lo primero pedirla con perseverancia al Dador de todos los bienes, porque esta humildad es un muy particular don suyo que a sus escogidos da. Y aún el conocer que es don de Dios no es poca merced. Los tentados de soberbia conocen bien que no hay cosa más lejos de nuestras fuerzas que esta verdadera y profunda humildad, y que muchas veces acaece, con los remedios que ellos ponen para alcanzarla, huir ella más; y aun del mismo humillarse suele nacer su contrario, que es la soberbia»<sup>11</sup>. **(San Juan de Ávila)**

Prueba de que el doctor en cuestión pidió y alcanzó esta virtud, además del “san” que ponemos antes de su nombre, es uno de sus últimos diálogos; lo cuenta San Alfonso María de Ligorio:

«El venerable Juan de Ávila, que llevó desde su más tierna juventud una santa vida, hallándose en el lecho de la muerte, el sacerdote que le asistía le iba diciendo cosas sublimes, le trataba como santo y como un distinguido sabio; mas el venerable Padre de Ávila le dijo: “Yo os ruego, padre mío, que me hagáis la recomendación del alma como se hace a un malhechor condenado a muerte, pues yo no soy otra cosa”»<sup>12</sup>.

En *segundo* término, no es poco importante hacer lo de San Pablo. El apóstol comienza aclarando que si bien ha recibido muchos dones de Dios, «en cuanto a mí, solo me gloriaré de mis flaquezas» **(1Cor 12,5)**, por cuanto no son suyos, sino de Dios.

Ejemplo claro: cuando se refiere a uno de esos dones -quizás no dado a otro mortal en toda la historia como es el ser arrebatado hasta el tercer cielo-, hace de cuenta que se trata de otra persona.

A renglón seguido aclara que, para que no se ensoberbezca, le ha sido dado un aguijón a su carne. Si bien no es seguro a qué se está refiriendo, una de las interpretaciones posibles es aplicar esto a la debilidad de la carne en cuanto inclinada al pecado luego de la culpa original, el conocido “fomes peccati”<sup>13</sup>. Tres veces pidió al Señor que lo liberara y Él le respondió: «*Te basta mi gracia, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza*». **(1Cor 12, 9)**

El apóstol tenía tentaciones y de ellas tomaba fuerzas, las fuerzas del Señor. Nosotros, que también las tenemos -y que podemos agregar probable y lamentablemente también pecados a esas tentaciones-, debemos hacer lo mismo. A la par de hacer todo lo que esté de nuestra parte para no ofender a Dios, tenemos que hacer como San Pablo quien, luego de recibir esa revelación, con más fuerza se apoya en su “nada”: «*con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas*» **(1Cor 12, 9)**. Apoyarse en “nada” es contradictorio... sí, paradójico.

Sucede que nuestra “nada” es lo único que tenemos, y por tanto, es la dura pero hermosa realidad. *Dura* porque no es para nada fácil digerir lo que somos; *hermosa* en cuanto que es real y, por el hecho de serlo, es mucho más bella que lo que no existe (o existe sólo en la imaginación).

Afirmarnos ahí, en esa especie de “no-ser”, es la única manera de vivir según lo que somos y permitir así que sea el Señor quien con su amor nos sostenga, quien pelee por nosotros y quien nos dé la victoria. Y notemos que lo primero es condición de lo segundo... «*con sumo gusto* -dice

<sup>11</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, 64.

<sup>12</sup> SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de Amor a Jesucristo*, cap. XI: ‘Charitas non inflatur’

<sup>13</sup> “En 2 Cor 12,9 se dice: *La virtud se perfecciona en la flaqueza*; y se habla de la flaqueza del ‘fomes’, a causa de la cual sufría el Apóstol *el aguijón de la carne* (v.7)”. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, III, 27, arg 3.

el apóstol— *seguiré gloriándome de mis flaquezas para que habite en mí la fuerza de Cristo*». Podríamos decirlo al revés: «si no me glorío de mis flaquezas, no habitará en mí la fuerza de Cristo»; o sea, si creo que puedo algo por mí mismo, no podré absolutamente nada...

«Cuando tú deseabas poder por tus solas fuerzas, Dios te ha hecho débil, para darte su propio poder, porque tú no eres más que debilidad»<sup>14</sup>. **(San Agustín)**

Y no dejemos de notar que no sólo se trata de reconocer nuestra debilidad, sino de *gloriarnos, jactarnos, “enorgullecernos”* (entiéndase bien), y todo eso, no así nomás, sino *con sumo gusto, y complaciéndonos, alegrándonos...* ¿quién puede llegar hasta tales fondos de su propia insignificancia y reaccionar así? Solo el humilde... o mejor, el muy humilde. Aquel que llegó a hacer suyo el consejo de Santa Teresita: *“Amad vuestra pequeñez”*.

«No me acuerdo haberme hecho (el Señor) merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin»<sup>15</sup>. **(Santa Teresa)**

«Cuanto más afligida, despojada y humillada profundamente está el alma, más conquista, con la pureza, la capacidad para las alturas. La elevación de la que se hace capaz se mide por la profundidad del abismo en la que tiene sus raíces y sus cimientos»<sup>16</sup>. **(Santa Ángela de Foligno)**

«Cuando el hombre considera en el fondo de sí mismo, con ojos encendidos de amor, la inmensidad de Dios... cuando el hombre, al volver en seguida su mirada hacia sí mismo, cuenta sus atentados contra el inmenso y fiel Señor... no conoce desprecio suficientemente profundo para darse satisfacción... Cae en un asombro extraño, asombro de no poder despreciarse con suficiente profundidad... Se resigna entonces a la voluntad de Dios... y, en su abnegación íntima, encuentra la verdadera paz, invencible y perfecta, la que nada turbará. Porque se ha precipitado en un abismo tal que nadie irá a buscarle allí... Me parece, a pesar de ello, que estar sumergido en la humildad es estar sumergido en Dios, porque Dios es el fondo del abismo, por encima y debajo de todo, supremo en altura y supremo en profundidad; porque la humildad, como la caridad, es capaz de crecer siempre... La humildad es de tal valor, que alcanza las cosas más elevadas para enseñarlas; consigue y posee lo, que no logra la palabra»<sup>17</sup>. **(Beato Juan Ruysbroeck)**

En *tercer* lugar, y desprendiéndolo de lo anterior, yo colocaría la *misericordia*. Creo que uno de los mayores dones que Dios puede darnos, es decir, una de las mercedes más exquisitas de Su misericordia, es nuestro propio conocimiento. Y ¿qué mejor que la misericordia para hallar misericordia?! «*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*» **(Mt 5,7)**. En este sentido podemos pensar que cada acto de misericordia que hagamos con los demás es un acto de misericordia que hacemos con nosotros mismos.

Por último, como poniendo nuestro grano de arena, tratemos de hacer un plan de trabajo vs. la soberbia. Como decía el Beato Allamano: «*Cuando no sabéis sobre qué hacer el examen de conciencia particular, nunca os equivocaréis si lo hacéis sobre la humildad o sobre la soberbia*»<sup>18</sup>.

---

<sup>14</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 19, 5.

<sup>15</sup> SANTA TERESA, *Vida* 22, 11.

<sup>16</sup> Santa Ángela de Foligno, trad. de Helio, c. 19.

<sup>17</sup> RUYSBROECK; trad. francesa de Helio, libro III, *La Humildad*.

<sup>18</sup> Citado en: MIGUEL Á. FUENTES, *Naturaleza y educación de la humildad*, Ediciones del Verbo Encarnado, San Rafael, 2010, p. 5.

En el libro *El examen particular de conciencia y el defecto dominante de la personalidad*, el P. Miguel Fuentes trae un ejemplo de este trabajo, que puede iluminar mucho (clic [aquí](#) para leerlo).

Misericordia es tener humildad para con el prójimo, pero también hay que tener humildad con el que está arriba, o sea ser obedientes porque no hay humildad sin obediencia.

«Ésta práctica [la obediencia] constituye además un ejercicio profundo de humildad, virtud que Dios prefiere a todas las otras». **(San Luis María)**

El beato Ruysbroeck, luego de decir que nuestros pecados son fuentes de humildad, agrega este lúcido párrafo que hacemos nuestro para terminar, como siempre, nombrándola y alabándola:

«Nuestros pecados... se convierten para nosotros en fuentes de humildad y de amor. Pero es importante no ignorar una fuente de humildad mucho más elevada que ésta. **La Virgen María**, concebida sin pecado, tiene una humildad más sublime que Magdalena. Ésta fue perdonada; aquélla estuvo sin mancha. Ahora bien, esta inmunidad absoluta, más sublime que todo perdón, hizo subir de la tierra al cielo una acción de gracias más excelsa que la conversión de Magdalena»<sup>19</sup>.

Que Ella, la *ancillae Domini*, nos alcance la Gracia del conocimiento propio.

---

#### Lectura recomendada

- Benedicto XVI, *Audiencia general*, miércoles 13 de junio de 2012. Comentario al cap. 12 de la Segunda Carta a los Corintios. (Ver [AQUÍ](#))
- Miguel Ángel Contreras C., *Conocerse a sí mismo*. (Ver [AQUÍ](#))

Ver todas las lecturas recomendadas, [AQUÍ](#).

¡Ave María y adelante!

---

<sup>19</sup> RUYSBROECK; trad. francesa de Helio, libro IV, *Inocencia y arrepentimiento*.